

LA IDEA MONÁRQUICA EN LA SERBIA MEDIEVAL*

Intentando en otra ocasión una aproximación al peculiar problema de la concepción de la monarquía en la Serbia medieval (siglos XII-XV) y de los factores principales de la existencia de ese Estado, hubimos de tener en cuenta dos parámetros cuya aparición pertenece a los períodos anteriores al que nos ocupará en el presente trabajo: la viva conciencia de *nacionalidad* y la comprensión y el concepto del Estado. Sin embargo el siglo XII muestra una concepción relativamente cristalizada del poder del Estado, tal como resulta de la conducta de los soberanos, de la alta nobleza secular y eclesiástica y, naturalmente, del más poderoso mecanismo del Estado, la Iglesia¹. Las evidencias más importantes las ofrecen los miembros de la Iglesia que optaron por dejar constancia con la palabra escrita de la vida y obras de los soberanos y los arzobispos de Serbia. Como ejemplo de la muchedumbre de altas personalidades de origen monacal cuya actividad se refleja en el desempeño de las funciones más diversas, espirituales o seculares, siempre en el seno de la Iglesia, pero al servicio de los intereses del Estado, aduciremos al arzobispo Danilo II, que constituye un caso inusual: noble, monje, higúmeno (*iguman*), arzobispo, pero también diplomático, político y, finalmente, escritor cuya obra literaria estimula al historiador a

* [Trabajo presentado al Coloquio Internacional *El arzobispo Danilo II y su época* (Belgrado, XII.1987), y publicado en sus actas con el título: «O ideji monarhije u srednjovekovnoj Srbiji», *Arhiepiskop Danilo II i njegov doba* (Naučni skupovi Srpske Akademije Nauka i Umetnosti, knj. LVIII, Odeljenje istorijskih nauka, knj. 17) [Sobre la idea de la monarquía en la Serbia medieval», *El arzobispo Danilo II y su época* (Congresos científicos de la Academia de Ciencias y Artes de Serbia, vol. LVIII, Sección de ciencias históricas, vol. 17)], Belgrado 1991, pp. 69-74. Una versión neogriega, con algunas ampliaciones para el lector no serbio, apareció con el título "Η μοναρχική ιδέα στην μεσαιωνική Σερβία", *Σύμμεικτα* 8 (1989), pp. 361-370. Traducción del serbio y del neogriego de F. J. JUEZ GÁLVEZ.]

¹ L. Mavromatis, «Peut-on parler d'un État médiéval serbe?», *Byzantion* 48 (1978), pp. 417-429.

dirigir la mirada a las múltiples facetas del Estado serbio y examinar sus elementos constituyentes, a intentar descubrir contradicciones, si es que existen, y, en un último análisis, a interpretar las aspiraciones de la clase social que puso el fundamento para la creación del Estado serbio.

En efecto, la clase dominante serbia, a la que pertenecían todos los clérigos, de los que los más destacados presidían con gran influencia el *Sabor* (esto es, el consejo real), tuvo como modelo durante un largo período de tiempo la organización de la clase dominante bizantina y sus concepciones de la organización del Estado y la administración del imperio, así como de la tradición romana del monarca absoluto e ideal cuyo poder derivaba tanto del pueblo como de Dios. En los alrededores más o menos cercanos o lejanos, fuera del Imperio Bizantino, se desarrollaba ya el Imperio Búlgaro, lo mismo que los grandes reinos o imperios de la Cristiandad occidental, a cuyo frente se encontraban monarcas que gobernaban «por la gracia de Dios». Cuando la alta nobleza serbia decidió crear «su propio» Estado, toda la Cristiandad se encontraba ya incurso en grandes cambios; el Occidente había perfeccionado sus estructuras feudales², y el Imperio Bizantino había empezado ya el proceso de feudalización de los vínculos de dependencia de un hombre respecto de otro, proceso que llegaría a su apogeo en la época de los Paleólogos³.

La decisión de los serbios de separarse definitivamente del Imperio Bizantino con la creación de un Estado «nacional» serbio, que tomó inicialmente la forma de reino al cabo de un breve período de transición (esto es, el que comprende de la toma del poder del Estado por parte de Stefan Nemanja al primer año del reinado de Stefan Nemanjić Prvoenčani), dio un fuerte golpe al ya atormentado Imperio Bizantino, que perdería para siempre importantes fuentes económicas y financieras, sufriría un empobrecimiento en su potencial humano y, finalmente, un debilitamiento de su poder y prestigio. Así que Constantinopla tenía que sofocar la «insurrección». Para los serbios, por otro lado, la decisión de escindir-se tampoco sobreen-tendía un ataque al Imperio Bizantino, al menos no en un principio, sino

² Cf. J. Le Goff, *L'apogée de la Chrétienté*, París 1982; G. Duby, *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, París 1978.

³ Cf. Z. V. Oudaltsova - K. A. Ossipova, «Traits distinctifs des rapports féodaux de Byzance», *Буџавртакá* 7 (1987), pp. 11-54; Z. V. Oudaltsova, «Die Besonderheiten des Feudalismus in Byzanz», *Besonderheiten der Byzantinischen Feudalentwicklung*, Berlín 1983, pp. 11-56; G. Ostrogorsky, «Observations on the Aristocracy in Byzantium», *Dumbarton Oak Papers* 25 (1971), pp. 3-32; H. Antoniadis-Bibicou, «Byzance et le monde de production asiatique», *La Pensée* 79 (1966), pp. 47-72; G. Ostrogorsky, *Pour l'histoire de la féodalité byzantine*, Bruselas 1954; D. A. Zakythinos, «Processus de féodalisation», *L'Hellénisme Contemporain*, 2^a serie, 2^o año, fasc. 1 (1948), pp. 499-514.

sólo la abolición de una «tutela» que se había hecho inútil. Ésta es sin duda una de las razones esenciales por las que la elección de los serbios se distingue de la de los búlgaros: los Asénidas, destacando la distinta concepción de su pasado, buscaron en 1185/6 una situación de privilegio en el seno del Imperio Bizantino; al ser rechazada esta exigencia, se rebelaron, fijándose en adelante dos objetivos⁴:

- a) Crear un Estado que siguiera las tradiciones del Primer Estado Búlgaro, y
- b) Prolongar sus aspiraciones de aniquilar y arrasar el Estado bizantino.

En otras palabras, la rivalidad entre las clases dominantes serbia y constantinopolitana cedía a las necesidades que dictaba la autarquía económica de los serbios, acompañada por el poderoso despertar de su conciencia nacional. Si el gran *župan* Stefan Nemanja y sus partidarios ponían en duda el dominio estatal que sobre ellos ejercía la nobleza grecohablante, que durante un largo período de tiempo había logrado desarrollar una conciencia «nacional» diferente, la conciencia del Ῥωμαῖος-Ἕλληνας⁵, los serbios, que, a su vez, conservaban su propio patrimonio espiritual, no tenían nada en común con el Estado bizantino, salvo, naturalmente, un elemento esencial de su identidad: la pertenencia a la Ortodoxia, tal como la habían concebido y forjado durante siglos el Estado y el imperio bizantinos. Los serbios, al igual que los búlgaros, habían pertenecido demasiado tiempo a la Cristianidad oriental como para querer o poder salirse de ella sin alienar su propia identidad. El profundo respeto hacia las dos cabezas de la Ortodoxia, el emperador y el patriarca de la Nueva Roma, nunca se puso en cuestión, salvo en los casos en que no se mostraban al nivel de la tarea que se les había encomendado: guardar y dirigir la ecúmene ortodoxa, sin inmiscuirse en la letra y el espíritu de la Ortodoxia⁶.

En el siglo XII surge en el Monte Atos el futuro monasterio serbio de Hilandar (Χιλανδάρη), y en los albores del siglo XIII el emperador Alejo Ángel pone solemnemente su firma al final de un χρυσόβουλλον σιγίλλιον, el cer-

⁴ Cf. L. Mavrommatis, «La formation du même royaume bulgare vue par les intellectuels byzantins», *Études Balkaniques* 4 (1985), pp. 30-38.

⁵ Λ. Μαυρομάτης, Ῥωμαϊκή ταυτότητα - Ἑλληνική ταυτότητα, *Σύμμεικτα* 7 (1987), pp. 183-191. P. Gounaridis, «Grecs, Hellènes et Romains dans l'État de Nicée», *Ἀφιέρωμα στὸν Νίκο Σβορώνο*, 1, Retimno 1986, p. 248-257.

⁶ Al referirse al emperador unificador Miguel VIII, Danilo no menciona su nombre, sino sólo su sobrenombre y, lo que aquí es importante para nosotros, escribe que prefería la «fe latina» a la «fe cristiana»; cf. Arhiepiskop Danilo, *Životi kraljeva i arhiepiskopa srpskih*, izd. Đ. Daničić, [Arzobispo Danilo, *Vidas de los reyes y arzobispos serbios*, ed. Đ. Daničić], *Variorum Reprints*, Londres 1972, p. 110 (en adelante citado como *Danilo*).

tificado del derecho a la existencia de un representante del mundo serbio en el marco de la comunidad atonita⁷, lo que fue un acto de alta política y un paso extraordinariamente importante por ambas partes. Hilandar, bajo el alto patronazgo del emperador bizantino y del *kralj* (rey) serbio (desde 1217), se encontraría en el futuro bajo la protección de una πολιτεία, siendo considerado representante de la Ecúmene en pequeño, representando así en un tiempo limitado un espacio ilimitado respecto del orden celestial que encarnaba en la tierra el Imperio Romano. La existencia de Hilandar, además, significaba que, si el pueblo serbio había logrado incluso romper con el Imperio Bizantino en el sentido literal y material de la palabra, conservaba con obstinación las relaciones con su cultura cristiana común y representaba parte constituyente de un mundo inspirado por la misma fe y la misma concepción de la organización social, tanto en el plano de lo real como de lo imaginario. Finalmente, Hilandar existiría en el futuro *independiente, dueño de sí mismo, autónomo* (*samostalan, svojevlstan, samoupravan*)⁸, no sólo expresión tangible de la realidad y de las aspiraciones del pueblo al que representaba, sino también legación *sui generis* cuya misión era múltiple: enviar y recibir mensajes ideológicos y espirituales, pero al mismo tiempo también económicos y políticos, y además destacar y difundir las resoluciones del Estado serbio. Este último papel estaba definido muy cuidadosamente desde el principio mismo de la vida de Hilandar. El estrato administrativo del monasterio, encargado de funciones difíciles y complejas, estaba cuidadosamente escogido entre los miembros del séquito real, por aquellos clérigos, «instruidos, ambiciosos, entregados al trabajo, que han mantenido sobre todo la continuidad de la idea monárquica»⁹. A este último objetivo se ligaba sin duda el diploma de Stefan Nemanja, emitido después del diploma de Alejo Ángel (1198), por el que el fundador del Estado y de la dinastía que llevaría su nombre transmite el monasterio a sus herederos en calidad de donación¹⁰. Así, la protección imperial se hizo secundaria a los ojos de los serbios respecto a la protección que prestaban los soberanos serbios. Stefan Nemanja, profundamente consciente del papel destinado a Hilandar, legó a sus sucesores la tarea de hacer de «su» monasterio un gran propietario cuyas riquezas en terrenos e ingresos respondie-

⁷ *Actes de Hilandar, Actes de l'Atbos v, Vizantijskij vremennik. Priloženie [Anuario Bizantino, Anejo]*, ed. L. Petit, B. Korabljev, Amsterdam 1975 (Actes grecs), Nº 4, p. 10, cf. D. Bogdanović, V. Đurić, D. Medaković, *Hilandar*, Belgrado 1978, pp. 36-38.

⁸ *Actes de Hilandar* (Actes grecs), Nº 4, p. 10 (... μηδὲν ὑποκειμένῳ ... ἀλλ' αὐτοῦ δέσποτου καὶ αὐτεξούσιου ...)

⁹ Cf. M. Bloch, *La Société Féodale*, París 1968, p. 412.

¹⁰ *Actes de Hilandar* (Actes slaves), Nº 2, pp. 371-375.

ran a su elevado rango eclesiástico y político. El modesto edificio y las ruinas del siglo XII crecieron hasta ser finalmente un enorme complejo económico¹¹. Y todo ello gracias justamente a la imagen que el Estado serbio quería propagar de sí mismo en la Cristiandad.

Para este fin se había organizado una red de estrechos vínculos entre el monasterio de Hilandar y la aristocracia secular y eclesiástica de Constantinopla y de Salónica. Si en el siglo XIV Constantinopla era, en palabras de Nicéforo Gregorás, el centro del mundo, el *Carigrad* de los eslavos, el corazón del Imperio estaba en Salónica, el *stolni grad* (capital del trono) de Danilo II¹².

La lectura de las obras literarias serbias que escribieron monjes instruidos, como eran Danilo y sus maestros y discípulos, permite descubrir un gran número de datos valiosos sobre el Estado y la Iglesia¹³. Estos escritores procedentes del medio de Hilandar nos permiten examinar los principios fundamentales, las corrientes e ideas, la mentalidad y la conciencia, e incluso la identidad de la alta nobleza. Danilo II, siguiendo a sus precursores en el campo de la literatura, decidió o recibió el encargo de componer las biografías de los reyes y arzobispos serbios. En un austero estilo monacal, a menudo rígido y árido, escribió verdaderas hagiografías. Sus modelos, cercanos o lejanos, no coincidían con los que habían servido a los intelectuales bizantinos, que habían escogido principalmente modelos de la antigüedad para escribir sus obras. Los escritores serbios encontraban su inspiración en el Antiguo y el Nuevo Testamentos y en las Vidas de Santos¹⁴. Naturalmente aquí no se trataba de un problema lingüístico, sino de una elección meditada. La cultura de estos clérigos residía especialmente en la literatura eclesiástica, y justamente ese conocimiento les era necesario para sostener la idea de un monarca elegido de Dios, defensor de la Ortodoxia; los clérigos, armados de esa cultura, necesitaban imponer este principio, primero conceptualizándolo y luego también propagándolo.

Los clérigos de Occidente habían sentido la necesidad de recurrir a un antiguo esquema que, dividiendo la sociedad en tres categorías, destacaba el papel del monarca y la necesidad de su existencia. Como ejemplo carac-

¹¹ Cf. D. Bogdanović, V. Đurić, D. Medaković, *Hilandar*, p. 36 s.

¹² *Danilo*, p. 141.

¹³ Cf. D. Bogdanović, *Istorija stare srpske književnosti* [Historia de la literatura serbia antigua], Belgrado 1980.

¹⁴ Cf. también D. Bogdanović, *Istorija stare srpske književnosti*, p. 71.

terístico recordemos la obra del obispo Adalberon de Laon sobre la sociedad tripartita (1025-1027)¹⁵, que distingue tres categorías:

- a) *oratores* (esto es, los clérigos)
- b) *bellatores* (esto es, los guerreros)
- c) *laboratores* (esto es, los obreros)

Estas tres categorías (*ordines*) funcionan teóricamente, reflejando las realidades de la época, aunque no están estrictamente fundadas en la división de la sociedad en clases y estratos. Este tema, predilecto de los intelectuales de la Cristiandad latina, no aparece en los escritores bizantinos o eslavos, que, por su parte, no sentían la necesidad de recurrir directamente a este instrumento conceptual. La explicación nos parece sencilla. El βασιλεύς καὶ ἀυτοκράτωρ seguía ahí desde la época de Augusto; nadie había puesto en duda su autoridad y su naturaleza divina: desde el siglo iv hasta el xv los bizantinos tenían a sus emperadores, al mismo tiempo, por μύησις y por ὑπαρχος de Dios¹⁶. Bajo su protección vivían los súbditos/ciudadanos del Imperio Romano; garante de su coexistencia harmónica, intercedía por su bienestar, y las gentes de pluma y pincel magnificaban y sublimaban su papel y propagaban su imagen por toda la Ecúmene.

Sin tener en cuenta el axioma de que se trata de una construcción intelectual que aparece en toda sociedad en cierto grado de su evolución o de una representación tradicional de todos los pueblos indoeuropeos en general¹⁷, está justificado examinar si los serbios se servían del instrumento conceptual del esquema tripartito. El motivo salta a la vista. Nos las habemos con un pueblo ya antiguo que, ya desde que se estableció, permaneció en los Balcanes, y que, conservando sus propias tradiciones y costumbres, sufrió la presión del Imperio Bizantino al encontrarse en el territorio de éste; Constantinopla exigía cierto grado de obediencia (a menudo por medios coercitivos) respecto a la ley que regía para cada individuo o cada pueblo sometido al poder estatal. La confrontación y la interacción de los dos modelos de cultura y organización social no acabaría, sin embargo, sin una compenetración recíproca. Tras un proceso largo y lento, a menudo en los aledaños y a la sombra de la vida del Imperio, el estrato social serbio que tenía el poder del Estado en nombre del emperador busca su propia inde-

¹⁵ Cf., en relación tanto con Adalberon como con el esquema tripartito, G. Duby, *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme* y J. le Goff, *Pour un autre Moyen Âge*, París 1977, pp. 81-90 (donde también se encuentra la bibliografía necesaria).

¹⁶ Sobre este tema, cf. por ejemplo V. Oudalstova - K. A. Ossipova, «Traits distinctifs des rapports féodaux de Byzance», p. 52. Es interesante mencionar que Arguirópulos, cuya vida se desarrolló antes y después de la toma de Constantinopla por los otomanos, continúa con esta tradición, Ἀργυροπούλετα, ἐπιμ. Σπ. Λάμπρου, Atenas 1910, p. 31.

¹⁷ Cf. J. le Goff, *Pour un autre Moyen Âge*, pp. 80-81.

pendencia, su autonomía, esto es, el derecho al debate político. Después de difíciles conflictos, victorias y derrotas, la nobleza serbia logró realizar sus aspiraciones: crear un Estado serbio cuyo jefe, después de un período de resistencias internas, se haría con el poder estatal y decidiría fundar una dinastía: el primero de sus hijos se convierte en el *kralj* Stefan Prvovenčani, y el segundo en el arzobispo Rastko-Sava, el primer arzobispo de la Iglesia serbia. El primero es coronado en la Iglesia de Roma, y el segundo en la Iglesia de la Nueva Roma. El *kralj* era rodeado y a menudo controlado por un órgano influyente, el *sabor*, cuyos miembros, junto a jefes estatales y eclesiásticos, eran representantes de la nobleza secular y eclesiástica. El soberano se aplica en imponer la idea monárquica a su pueblo, al que quiere guiar y del que espera lealtad y sumisión. Fe y obediencia; los clérigos se ocuparían de esa ideología de la necesidad de la existencia de un monarca surgido del pueblo¹⁸, y la Iglesia difundiría esta ideología.

Ya que habían destacado la actividad del soberano, los escritores serbios distinguían claramente dos categorías:

- a) *boljari, vlastela* (*boyardos, nobles*) (esto es, *bellatores*),
- b) *crkovernici* (*eclesiásticos*) (esto es, *oratores*).

Del tercer orden se habla poco o nada en absoluto; sólo se sobreentiende que existe, porque precisamente tiene que alimentar a los otros dos estratos para que puedan realizar sus funciones: el primero, asegurar la defensa, y el segundo, orar. Finalmente, en un manuscrito del siglo XVII, que muy probablemente reproduce otro más antiguo, están bien definidas las tareas de las gentes de este mundo. Se trata de un debate situado en un país imaginario. El monje erudito se dirige a su auditorio en forma dialogada: el diálogo comprende las preguntas que se plantearía un humilde cristiano sobre el pasado y el presente, sobre el hombre, pero también sobre la estructura celestial. En ese contexto aparece una pareja pregunta/respuesta acompañante que se refiere al equilibrio social¹⁹:

¹⁸ Entre otros muchos trabajos consagrados a la Iglesia Serbia, cf. S. Ćirković, «Pravoslavna crkva u srednjovekovnoj srpskoj državi», *Srpska Pravoslavna Crkva* [«La iglesia ortodoxa en el estado serbio medieval», *La Iglesia Ortodoxa Serbia*], Belgrado 1970, pp. 35-51.

¹⁹ Me llamó la atención sobre este texto el profesor S. Ćirković, y aprovecho la ocasión para agradecerse cordialmente. Cf. St. Novaković, *Primeri književnosti i jezika* [Ejemplos de literatura y lengua], Belgrado 1904, p. 527. Cf. también Lj. Stojanović, *Katalog rukopisa Srpske Kraljevske Akademije* [Catálogo de los manuscritos de la Real Academia Serbia], Nº 112, p. 191. Traduzco el pasaje: «Pregunta: ¿En qué hombres se sostiene todo el mundo? Respuesta: En los clérigos, y en los campesinos y en los guerreros. El clérigo ora a Dios por todo el mundo, el campesino alimenta al clérigo y al guerrero, y el guerrero defiende al clérigo y al campesino. En estos tres hombres se sostiene todo el mundo».

«V. Koimi človeči v's' mir' soit'?

O. Popom', i rataem', i voinikom'. Pop' molit' Bogu za vas' mir', a ratar' hrani i popa i voinika, a voinik' branit' i popa i ratara. Temi trema človeči v's' mir' soit'.»

La tripartición se presenta aquí en toda su claridad y al mismo tiempo en una lengua tan sencilla y habitual que se creería fácilmente en que esta conceptualización se había abierto camino y existía ya en la conciencia de todo el mundo. Sin embargo, en seguida se advierte la ausencia de toda referencia al monarca. Existen dos presupuestos: o para el autor de este debate el papel del soberano está contenido en el esquema, o se trata de la «visión» del mundo: ¿podía monje alguno, en plena época de dominación otomana, mencionar al sultán como monarca ideal de un pueblo cristiano?

Indudablemente la Serbia medieval progresaba, sobre todo desde el reinado del *veliki kralj* (gran rey) Stefan Uroš I en adelante. En la conciencia de la clase dominante era importante que el reino que habían fundado Stefan Nemanja y Stefan Prvovenčani fuera representado dignamente, e incluso identificado con la personalidad de un monarca absoluto e ideal. No es casualidad que el príncipe Rastko se hiciera monje para ser el primer arzobispo de la Iglesia. Desde entonces el más influyente y severo aparato estatal, que era la Iglesia, asumió la función de señalar los comportamientos de reyes y arzobispos y de describir las figuras de los reyes que ornaron todas las virtudes cristianas, y especialmente las virtudes del monje y del anacoreta, de manera que el *kralj* Milutin es retratado en hábito monacal, aunque nunca fue monje²⁰. La Iglesia desempeñó el papel que le correspondía desde el principio: predicando la igualdad entre los estratos gobernantes y sometidos, el papel de la Iglesia era transmitir a la comunidad serbia que la obra de los reyes era consecuencia directa de las iniciativas tomadas para el establecimiento de la paz (*mir*) y la conservación de la tranquilidad (*tišina*)²¹, mientras que paralelamente forjaba la homogeneidad entre gobernantes y gobernados. El propio *kralj* Stefan Prvovenčani magnificó en su obra literaria las hazañas de su padre, que por fin habían traído a la tierra serbia el fruto esperado, esto es, las condiciones imprescindibles para

²⁰ Cf. en relación con ellos V. Đurić, «Le nouveau Joasaph», *Cahiers Archéologiques*, 33 (1985), pp. 99-109, y también, del mismo autor, «Slika i Istorija u srednjovekovnoj Srbiji», *Glas Srpske akademije nauka i umetnosti* «Imagen e Historia en la Serbia medieval», *Heraldo de la Academia Serbia de Ciencias y Artes*, 338 (1985), pp. 117-144.

²¹ Cf. por ejemplo *Danilo*, p. 112.

que todo el mundo se entregara en paz y seguridad a sus asuntos dirigidos al pro de la comunidad serbia en su conjunto²².

Los rasgos del monarca son los rasgos de Elías, de Job, de Cristo y de los apóstoles: El monarca es sabio, justo, humilde, sobrio, clemente; naturalmente, se trata de la figura del padre, pero también de un hombre que no es de este mundo, de la figura del monje y del anacoreta. Si castiga, es para enderezar al culpable al buen camino; si guerrea, es para conquistar la paz. El enemigo es siempre malo, avaricioso, pérfido. Es característico el ejemplo del emperador Miguel VIII Paleólogo, fautor de la unión de las Iglesias (Lyón 1274): Danilo II lo llama «pecador» (*grěš'nik*)²³, y a los nobles bizantinos «nobles malignos» (*lukavni vlasteli*)²⁴. El emperador búlgaro Miguel Šišmán no es nada más que un atacante de la tierra serbia. En estos dos casos el *kralj* Stefan Milutin sólo debía enfrentarse a los atacantes de la paz —interior y exterior— y asegurar la protección, si no la salvación, de la Ortodoxia, amenazada por la «herejía» de la Santa Sede. El *kralj*, a un tiempo *bellator* y *orator*, protegía a la Iglesia (y especialmente a su núcleo, los grandes centros monásticos), que conservaban y vinculaban la conciencia étnica serbia con la ortodoxia.

El estilo literario monacal es sencillo, diríase coloquial. El discurso es directo, está sobrecargado de citas y metáforas; están en cuestión palabras escuchadas en los refectorios monásticos²⁵ y discursos divulgados desde el monasterio, a través de clérigos y monjes, por todo el territorio serbio: gobernantes y gobernados recibían mensajes claros. No destacaremos aquí tampoco las figuras, tan atenta y detalladamente elaboradas, de los grandes higúmenos y arzobispos. Son, si puede decirse así, sosias del monarca y siguen la tipología de los grandes santos de la Cristiandad: hijos de nobles y de familias ricas, a menudo emparentados con la dinastía de los Nemanjić, consagrados desde su más temprana juventud a la lectura²⁶, al estudio y a la vida devota. Renuncian a los placeres del mundo para seguir el camino de los apóstoles y los anacoretas, viajan a Jerusalén para llegar a los grandes centros monásticos y consagrarse a la alta carrera eclesiástica. El monarca-monje Stefan Nemanja, el príncipe-monje Sava Nemanjić, el rey-

²² Cf. «Život Svetog Simeona od Svetoga Save», *Stare srpske biografije*, prevod M. Bašić, [«Vida de San Simeón escrita por San Sabas», *Biografías serbias antiguas*, traducción M. Bašić], 1924, p. 4.

²³ *Danilo*, p. 109.

²⁴ *Danilo*, p. 111.

²⁵ Cf. D. Bogdanović, *Istorija stare srpske književnosti*, pp. 44, 47. Cf. también D. Nastase, «L'idée impériale en Serbie avant le tsar Dušan», *Actas del IV Seminario Histórico Internacional «Da Roma alla Terza Roma»*, Roma 1984.

²⁶ Cf. D. Bogdanović, *Istorija stare srpske književnosti*, p. 36.

monje Stefan Prvovenčani son, puede decirse, encarnación del doble aspecto del Estado. Esto es, sin duda, una peculiaridad de la Serbia medieval, pero también una manera única de asegurar la continuidad del modelo del monarca ideal.

Los clérigos serbios no se contentaron con eso; querían contribuir en la imaginación de la gente a la unión de las ideas del *kralj* elegido de Dios y del pueblo al que gobierna. Todos conocían el modelo bizantino. Sabían además que el Imperio Germánico se ufanaba del título de «Sacro Imperio Romano». Los francos también se tenían por el pueblo elegido de Dios. En sus obras los escritores serbios se servían de la conjunción, sencilla pero sutil, entre la estirpe de Abraham o la del rey Salomón y la dinastía de los Nemanjić. Tal unión no era aceptable para el pueblo serbio, porque ambas personalidades pertenecían al pueblo elegido de Israel. A los escritores les sirvió de ayuda la iconografía; primero con el ciclo de José, por medio del cual la tradición bizantina antigua había puesto en relación directa al βασιλεὺς con gloriosos personajes de la Biblia, lo mismo que con el llamado árbol de Josué²⁷. Si Domentijan comparó a José con Stefan Nemanja, y los pintores circundaban el árbol genealógico de los Nemanjić con los ciclos de Josué y de José, si por último la difusión de la idea del *kralj* identificado con el príncipe-eremita Josafat²⁸ se realizó ora por vía de la imagen, ora por la palabra escrita, ninguno de esos procedimientos habría contenido mensaje oculto alguno: todo elemento puesto cuidadosamente en relación con el siguiente creaba en los serbios la seguridad de ser el pueblo elegido, regido por un monarca dividido entre lo terrenal y lo celestial. De haberse llevado hasta el final la imagen inicial, debería haberse superado sólo un obstáculo más, esto es, llegar a la santidad del *kralj*. Si el emperador romano era *diuus*, el constantinopolitano ἄγιος o θεῖος, el soberano serbio, si puede decirse así, debía alcanzar su santidad por sus obras. Los monjes serbios, al describir las virtudes del monarca, hacían de él un santo que les era cercano: la santificación del *kralj* casi inmediatamente después de su muerte llegaba como corona de todas las fatigas para crear y difundir la idea monárquica. De lo imaginario se pasaba a lo real a través del culto al rey difunto, cuyo sucesor garantizaba la continuidad de la dinastía.

Leónidas MAVROMATIS

*Fundación Nacional de Investigaciones
Atenas*

²⁷ Cf. V. Đurić, «Le nouveau Joasaph», y también del mismo autor «Novi Isus Navin» [«El nuevo Jesús Navin»] *Zograf*, 14 (1983), pp. 5-16.

²⁸ Cf. V. Đurić, «Le nouveau Joasaph». Véase también *Danilo*, pp. 151-152.